



DISCURSO DEL PROFESOR ROY ERNEST CARTER

Estimados catedráticos y altos funcionarios de la Universidad de Chile, periodistas y alumnos, antiguos colegas y ex alumnos míos de esta casa de estudios y de la Universidad de Minnesota, amigos chilenos, señoras y señores:

Agradezco mucho el honor formal que me han otorgado y también el privilegio de participar en uno de los programas de postgrado recién inaugurados. Hace muchos años que soy amigo de Chile. Hace muchos años que soy amigo de la Universidad de Chile... y en este momento me siento muy chileno. Un gran amigo mío, un penquista, me dijo una vez que yo era el más norteamericano de sus amigos chilenos. Me sentí muy halagado.

Mi relación sentimental con este país empezó cuando yo era adolescente. Mi primera profesora de español en el colegio era una chilena que había sido gran amiga de Elvira Santa Cruz Ossa, o sea Roxane, que editaba la revista infantil *El Peneca*. Llegué a ser colaborador de *El Peneca* y empecé a intercambiar cartas, postales e información con muchos jóvenes chilenos. Uno de mis corresponsales de aquellos años está presente hoy en esta sala.

El libro de texto que usaba mi profesora era la famosa novela costumbrista de Roxane, *Flor Silvestre*, de tal manera que

empecé a aprender muchos chilenismos en mis primeras clases de Castellano. O sea, los aprendía "al tiro".

Siempre anhelaba conocer este país y por fin resultó posible después de casi 20 años. En el año 1961 vine a dictar unas conferencias sobre Relaciones Públicas y al año siguiente volví en calidad de Profesor invitado de la Universidad de Chile. Años después pasé en la Universidad de Concepción casi tres años, ciudad en la que mis tres hijas llegaron a ser bilingües y muy chilenas. Y a través de estos años, siempre que se me presentó la oportunidad volví a este país del cual me enamoré hace tanto tiempo. Sin embargo, las visitas no han sido de índole exclusivamente sentimental. Casi siempre he venido a trabajar con mi gran amigo don Orlando Sepúlveda, renombrado sociólogo chileno, con quien empecé a colaborar en el año 1962. He trabajado con muchos profesores de Comunicación y con muchos sociólogos en diversos países, pero nunca con el grado de respeto mutuo y con el tipo de diálogo intelectual que siempre se ha mostrado en nuestro trabajo en equipo. Este gran personaje de las ciencias sociales en Chile, el único chileno que ha sido profesor invitado de Sociología en mi Universidad de Minnesota, está muy enfermo en estos días; espero que se restablezca rápida y completamente.

A pesar de las muchas ventajas que presentan estos programas de postgrado, tan novedosos como importantes para Chile porque cuentan con excelentes profesores, tengo algunas preocupaciones basadas en ciertas características de la educación superior en mi país. El primer peligro es la sobreespecialización de parte de los individuos que, al alcanzar un alto grado de dominio de un ramo específico del conocimiento humano (utilizo un modismo inglés) dejarían de ver el bosque por el problema de los árboles. Espero que ustedes no dejen de ver los vínculos, los nexos tan importantes entre todos los ramos humanistas, todos los ramos de las ciencias y, finalmente, entre las humanidades y las ciencias.

Cuando yo era postulante al grado de doctor en Sociología en la Universidad de Stanford en California, había un profesor de

literatura inglesa, especialista en Shakespeare, que tenía la costumbre de asistir a los exámenes de grado de disciplinas tales como ingeniería, medicina, jurisprudencia y (y de nuevo estoy con escalofríos) sociología. El hombre tenía derecho a voz pero no a voto. Asistía e interrogaba a fin de destacar la importancia, para toda persona culta, de algún conocimiento de las obras maestras de la literatura. Por suerte, no alcanzó al examen mío. Sin embargo, a pesar de su conducta amenazante e intrusa, la proposición básica del hombre era correcta.

El segundo peligro —otra vez algo que he observado en EE. UU. y en otros países donde existen programas de magistratura y doctorado— es la preocupación primordial y a veces exclusiva por los problemas del mundo actual y por el sufrimiento humano. Me refiero específicamente a los periodistas y a los científicos sociales que dejan de observar lo positivo, lo bueno, lo divertido, lo romántico y lo sentimental. Tengo un amigo norteamericano que se está dedicando al estudio de por qué el periodista, casi siempre, enfatiza las noticias malas y no las buenas. Y en sociología ¿por qué no buscamos, por qué no vemos la evidencia del mejoramiento del estado intelectual, cultural y físico del individuo y del grupo, en vez de hacer hincapié en los indicadores de su decaimiento? El hombre ha progresado mucho a través de los siglos (Ahora, con el movimiento feminista, mis hijas me obligarían a decir “ser humano” en vez de “hombre”). El novelista español del siglo actual, Juan Goytisolo, en un conocido cuento titulado “Sansón García, Fotógrafo Ambulante”, hace que su personaje principal, el fotógrafo, diga lo siguiente: “¡Qué satisfacción esta de poder vivir, de ver sonreír a la gente! Yo creo que no hay otro oficio igual en el mundo, ni siquiera el de pastelero”.

Bueno, yo no recomiendo que los periodistas, los científicos sociales, los educadores o los fotógrafos traten de ver sólo lo bueno, pues sería conveniente que con mayor frecuencia alcanzaran a ver sonreír a la gente, siempre que haya una tal sonrisa.

El tercer problema que pudiera aparecer es que el futuro magister o doctor podría entregarse tanto al aspecto académico

o económico de su profesión como para olvidarse un poco de su responsabilidad social. Me refiero específicamente al hecho de que los profesores universitarios de mi país, en muchos casos, no participan debidamente en actividades cívicas dedicadas a la búsqueda de soluciones para problemas tales como la delincuencia infantil, drogadicción y alcoholismo, la desintegración de la vida familiar y la pérdida de valores sociales importantes en cuanto a la moral, la religión y hasta la estética.

A pesar de todo lo antedicho, me encuentro muy optimista en cuanto a los programas de ustedes, porque ya han señalado su interés primordial en adecuarlos a la realidad chilena y en evitar los posibles errores cometidos por universidades de otros países. También conozco el largo período de planificación al cual ustedes se dedicaron. Por ejemplo, durante más de un año hemos intercambiado observaciones e ideas con don Eduardo Latorre acerca del programa de Magistratura en Comunicación Social. Con mucho placer me doy cuenta de que el Profesor Latorre está en la vanguardia en América Latina de los que insisten en que la comunicación sea una ciencia y no un mero conjunto de técnicas especializadas.

Conozco en detalle el programa en Comunicación y me parece bastante bueno y serio. Puedo decir lo mismo del de Ciencias Sociales, donde trabajan antiguos colegas y alumnos míos. Y por lo que he visto, los demás programas también son excelentes.

Al aceptar el honor que Uds. me han otorgado, lo hago no tanto en mi calidad de profesor universitario extranjero, sino más bien como ciudadano de Minneapolis, Minnesota que, a través de varios años, en un programa de amistad de pueblo a pueblo, ha sido ciudad hermana de Santiago de Chile. Así que esto es un honor no solamente para mí sino para mi universidad y mi ciudad.

Naturalmente, agradezco mucho el diploma que acaban de entregarme. Sin embargo, ningún honor oficial otorgado u ofrecido por la Universidad de Chile sería igual al honor mucho más

grande de participar actualmente en este programa docente tan importante para el futuro de la educación superior en este país. Si no fuera así, yo no estaría en Chile en este momento.

Otra vez, un millón de gracias a todos. ◇